

REDACTOR GENERAL

DE ESPAÑA.

Madrid lunes 2 de mayo de 1814.

San Anastasio Ob. y Dr. = *Conmemoracion de los difuntos primeros mártires de la libertad española en Madrid.* = FIESTA NACIONAL. = Sale el sol á las 5 h. y 3 ms. y se pone á las 6 h. y 57 ms. = *Quarenta Horas en la Parroquia de Santa Cruz.*

ORDEN DE LA PLAZA. = Servicio de Plaza, Infantería segundo de la Princesa. Patrullas, el Rey de línea. Capitan de hospital, Soria.

VARIEDADES.

EL DOS DE MAYO.

Dos de mayo de 808, tú serás eternamente celebrado en los fastos de la libertad española: tú nos viste empuñar denodados el homicida acero, y jurando perecer ó vivir libres arrojarlos á la mas desigual pelea.

Innumerables tropas enemigas ocupaban la capital y sus alrededores; su sanguinario gefe creia que con habernos llevado mañosamente á un Rey querido, y con tenernos rodeados de bayonetas podia contar segura nuestra pacífica opresion. Pero de qué sirven las bayonetas contra un pueblo cuyo amor no se posee, y que jura despedido antes morir que prestarse á una vergonzosa esclavitud! Lo mismo en que fundaba el tirano Murat sus esperanzas, eso mismo irritaba mas y mas, y exaltaba los ánimos hasta el punto de desconocer los peligros, y prestar oidos solamente á la venganza. No ignoraba el sanguinario Murat que la libertad del infame favorito del anterior reynado, y cuyo castigo se habia ofrecido públicamente al pueblo español; que la vista misma de sus tropas, que los insultos y desprecios de sus agentes, todo encendia los ánimos, y le exponia á un pronto rompimiento. Pero la sangre humana es de poca entidad en la balanza de los despotas: era preciso cumplir los preceptos del Atila del Sena, y aunque

Madrid entero pereziese, nada importa: los Nerones se divierten con las llamas de los pueblos. Creyendo allá en su necio orgullo que haciéndose señor de la capital lo sería de toda la nacion, busca los medios de executar el rompimiento, para pagar con muerte y horfandad la noble hospitalidad que le prestamos. La gratitud no es conocida de los despotas, estos viven persuadidos que todo es inferior á sus merecimientos. Asoma en fin el dia dos de mayo, dia terrible destinado por el bárbaro Murat para la execucion de sus horrendos planes, y para ser expectador de las mas sangrientas escenas. La salida del Infante don Francisco es el motivo que obliga al rompimiento: en la plaza misma del palacio se da la señal del combate, y en breve tiempo todos los puntos de la capital eran otros tantos espectadores de la perfidia francesa y del valor Madrileño. El enemigo en orden, provisto de artillería y de quanto pudiera asegurarle la victoria, y dirigido por sus gefes preparados de antemano, el Madrileño abandonado de sus autoridades, sin plan, sin el auxilio de las tropas de la guarnicion, que las órdenes de sus superiores tenia encerradas en los cuarteles, sin armas suficientes, sin... pero nada le contiene; él hace frente al enemigo, y llena de consternacion sus decantadas filas. Los valientes Daoiz y Velarde corren á sus puestos sin aguardar mas orden que el impulso de su corazon y el peligro de los espa-

ñoles y justicia de su causa. Preséntanse en el Parque de artillería y al frente de unos quantos valientes artilleros, aterran las legiones enemigas, y hacen en ellas una carnicería horrible. La perfidia solamente pudo vencer á estos ilustres guerreros, y espiró con su vida la libertad del Parque. El ilustre Ballesteros, que desde entonces hizo ver que sería el terror de los franceses, se batía denodado al frente de los paisanos, é imponía terror al enemigo. ¡Oh! ¡y que hubiera sido aquel día del perfido francés si los intrepidos soldados españoles hubieran tenido permiso de sus gefes para salir á la refriega! ¡Valientes soldados, dignos en todas ocasiones del ilustre nombre español! no tuvisteis parte en la refriega, pero el pueblo os hace justicia, él veía vuestra noble impaciencia, vuestros esfuerzos y clamores; vuestro empeño en buscar salida para participar de los peligros del paisanage, y quedó convencido que los intereses del soldado son siempre los del pueblo, y que el amor á la libertad é independencia es en ambos uno mismo. Pero ¡ay! que una paz mil veces mas terrible y destructora que la pelea misma va á asegurar el triunfo á los franceses, y la muerte á los valientes españoles. Se anuncia la paz por todas partes: cesa el estruendo del cañon, y un pavoroso silencio, mil veces mas terrible, anuncia que iban á consumarse los crímenes mas inauditos. La seguridad de una paz solemnemente anunciada hace vivir sin cautela, y la negra perfidia francesa aprisiona baxo frívolos pretextos á aquellos que poco antes les imponían terror en el combate. Abandonados de los mismos que anunciando la paz desarmaron su brazo aterrador, son conducidas las víctimas al lugar destinado á consumir una maldad meditada. Lugares cuyo suelo fué bañado con tan ilustre sangre, vosotros solos podreis pintar tan lúgubre suceso, y el valor y constancia con que las víctimas sufrieron el martirio, dándose por contentas de morir, si su preciosa sangre habia de consolidar la libertad española.

Victimas ilustres, descansad en paz: vuestro nombre será eterno en los fastos de la historia; moristeis, pero moristeis antes que sufrir la esclavitud, moristeis para enseñarnos el camino de la virtud y el odio á la opresion; moristeis para mostrarnos el camino del sepulcro quando se vea atacada nuestra independencia. La posteridad elogiará vuestra constancia, y colmará de baldones á los que os dexaron conducir al suplicio impúneamente.

Valientes Daoiz y Velarde, mártires todos de este día memorable, víctimas primeras de la libertad española, inflamad nuestros pechos del santo amor á la justa libertad que devoraba los vuestros: haced que no olvidemos que fuimos compañeros vuestros en la primer refriega que tuvimos por la libertad de nuestra patria, y que no demos lugar á que jamas se diga que en vano corrió la sangre de tan preciosas venas, y que en vano sufrieron los patriotas denodados que sellaron con su sangre el odio á la tiranía, y echaron los fundamentos de nuestra libertad é independencia.

AL DOS DE MAYO.

Éra la noche, y con su negro manto
En espantosa oscuridad envuelve
Al hijo noble de la Esperia firme,
De lidiar canso y anhelante el pecho.
Apénas en el lecho
Busca consuelo y terminar su llanto,
De muertes horrosas,
Que por do quier corrieron numerosas
Durante aquella desgraciada aurora,
Hórrido trueno del fusil, preñado
De mil y de mil muertes, arrebató
De los ojos el sueño, y los sentidos
Atentos buscan percibir sonidos.

Furioso el bronce su tronar redobla,
Y aquí y allí tan solo
Aterrador el eco repetido
Del bárbaro cañon hiere el oído:
Hiere, y un hondo y silencioso espanto
Sucede al retumbar del hueco bronce:
Mi triste pecho entonces
Tiembla y palpita; y pavoroso torno
En busca de rugir de la cureña,
Del espantoso ruido de los brutos,
Del andar compasado,
O del sonoro acero del soldado.

Todo lo busco, y mi pavor me ofrece
Silencioso terror, y las tremendas
Escenas de aquel día.
Ante mis turbios ojos aparece
Inmenso pueblo ansioso
De vengar animoso
La vil traicion y negra alevosía
Del altivo francés: allí le veo
Arrostrar denodado
El acero y el plomo,
Y con furor, con rabia y con despecho,
Ofrecer á la muerte su ancho pecho.

Por allá se presenta
Impávido Velarde con sangrienta